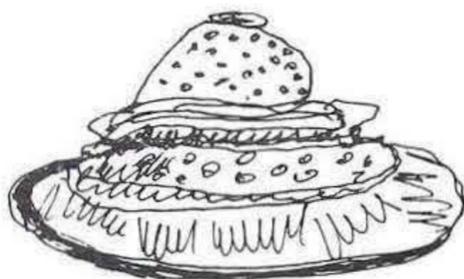


todos son personajes muy conscientes de sí mismos, en continua reflexión sobre su propia derrota. De allí la fuerza psíquica que transmiten.

En fin, a Marco Tulio Aguilera Garramuño es mejor leerlo. Hasta ahora son varias sus obras; *Breve historia de todas las cosas*, relato que le valió el premio Novela de Costa Rica, en 1975; *Rostro con máscara*, *El basurero universal* y *Así es la vida*, todas dentro del género narrativo.

BEATRIZ HELENA ROBLEDO



Socavón de nostalgia

Días azules
El río del tiempo
Fernando Vallejo

Con ternura y rabia, dos emociones tan infantiles como las imágenes que anuda a lo largo de las doscientas páginas de *Días azules*, *El río del tiempo*, Fernando Vallejo consigue vengar sus recuerdos, su memoria, su pasado. Y queda en paz: la misma sensación de sosiego que le transmite al lector para no poder soltar el libro a pesar de tener que enfrentar a veces anécdotas ajenas a sí mismo, a no ser que se sea de por allí, de Boston, o La Toma, Buenos Aires, La América, Prado, Manrique, Guayaquil o Aranjuez, de algún barrio de esos de Medellín, del Medellín que se le fue a Vallejo, de ese Medellín que se llevó el *Río del tiempo*. Porque Vallejo concatena pequeñas historias circunstanciales, en torno al trasteo, al aprendizaje del catecismo Astete, la construcción de la piscina, la semana santa, cuando nos fuimos a vivir a Bogotá, Bellas Artes, Teresita Gómez... tan simples y cotidia-

nas que derivan emociones limpias y vitales pero sin conseguir hacer literatura ni construir ficción narrativa, ni armar un mundo autónomo, ni cercar la narración con referencias propias. Vallejo no se decide a —y es una lástima— construir personajes, personajes para querer u odiar, como en toda buena novela. Aparecen nombres, se mencionan apellidos, muchos nombres y apellidos, pero no sujetos conjugando verbos, generando acciones, desatando pasiones y padeciéndolas. El gran personaje es el pretendido ritmo impersonal, el transcurrir del tiempo, donde el libro se desvanece página a página, perdiendo el vigor y hasta la fuerza evocativa.

Vallejo, 38 años, forma parte de la generación colombiana que gozó de las ciudades-pueblos, que creció en medio de la armonía, la ingenuidad y la calidez del vecino de siempre —“yo que los vi crecer, mijo”—, y que vio arrasar los *Días azules* en las calles conocidas, por el anonimato de la ciudad, siempre desbordándose porque siempre iba creciendo. En el libro aparece precisamente esa historia, la historia del país bipartidista, donde para la generación de la violencia el destino no lo decidió la posición de los astros en el cielo sino el color del partido político de la familia. “No voy a referir aquí en sus pormenores una historia que me niego a hacer mía. Está en los periódicos. Es hartó conocida. El encono se había vuelto odio, y el odio muerte. En primera plana aparecían las fotos de los genocidios: veinte, treinta, cincuenta, cien cadáveres de campesinos descalzos tendidos sobre el suelo, decapitados y frente a los cadáveres decapitados sus correspondientes cabezas: cabezas confundidas, asignadas por manos piadosas a cuerpos extraños [...] Fue surgiendo entonces en el barrio de Guayaquil, de tango y cuchillo, en las esquinas donde paran los camiones de escalera, esos que se van a cabalgar montañas, una literatura fúnebre escrita en papel amarillo —muerte, que iba a desplazar los Ibis de Vargas Vila y sus sierpes voluptuosas: la nueva literatura de la violencia, con cruces so-

bre el túmulo de las tumbas de las portadas y gallinazos volando sobre su cielo siniestro—. Luego los genocidios pasaron a segunda plana y después ni eso, desaparecieron de los periódicos. Eran obviedad de todos los días, como titular que dijera: “Nos morimos de calor” (pág. 67).

Ese país expulsó a Vallejo —hoy reside en México— y logró alebrestarle su ingratitud con los *días azules* llevándolo a escribir un libro tan dolorosamente lúcido como es *Barba Jacob, el mensajero* (México, Editorial Séptimo Círculo, 1984. Véase Boletín Cultural y Bibliográfico, vol. XXII, núm. 3, 1985, pág. 97).

El tono y el trabajo del lenguaje es acertado. Con puntería introduce, dentro de una narración directa de primera persona en singular y plural, giros coloquiales, lugares comunes, refranes y sabiduría popular, consiguiendo en general darle mayor ritmo y eficacia al torrente de anécdotas enunciadas. Por medio de este recurso formal consigue además ironizar, burlarse y sobre todo liberarse de tanta objetividad y a veces ascetismo narrativo, introduciendo su propia subjetividad.

“Sólo puedo comparar a la impresión del mar otra que viví muchos años después: la de la nieve, en el desamparo, en Nueva York. En estas expansiones líricas, caemos siempre los que somos del trópico y de montaña, pero qué le vamos a hacer. Pido disculpas. Qué risa me darán los limeños describiéndome la lluvia, a mí que nací bajo un aguacero...” (pág. 62).

“Al año siguiente entraba a estudiar con unos esbirros tonsurados de Satanás en el colegio del Sufragio. ¡Más me valiera no haber nacido! Cambio cien vibriones coléricos por uno de ellos. Cambio cien años de purgatorio o infierno por los seis que pasé allí. Qué fieritas los Padrecitos Salesianos, y aún no les clausura el negocio la Secretaría de Educación” (pág. 52).

Y por último, no podría terminar de leerse el testimonio del *Río del tiempo* de Vallejo sin pensar en el mexicano José Emilio Pacheco, y sus *Batallas en el desierto*, otra estrujada

de memoria emocional. La diferencia entre los dos, además de ser este último la tercera parte en longitud, es la misma que existe entre el poeta y el narrador. Pacheco es poeta, y por tanto sucumbe felizmente en el reino de los sueños, de las sutilezas, de lo no mentado, del lenguaje evocativo que universaliza imágenes... Vallejo es narrador y, por tanto, hombre de anécdotas explícitas, de secuencias, de hechos y más hechos, de pruebas, de datos y más datos.

Sin embargo, ambos tienen en común la misma nostalgia, el dolor de lo perdido: "demolieron la escuela, demolieron el edificio de Mariana, demolieron mi casa, [...] Se acabó esa ciudad. Terminó aquel país. No hay memoria [...] de aquellos años. Y a nadie le importa: de ese horror quién puede tener nostalgia. Todo pasó como pasan los discos en la sinfonía". (José Emilio Pacheco, *Las batallas en el desierto*, México, Editorial Era, pág. 68). Y queda sólo el hueco de un recuerdo inexistente.

MARÍA ELVIRA BONILLA O.

El patetismo de la violencia

Oro colombiano

Jaime Manrique

Edivisión, México, 1985, 154 págs.

La novela de Jaime Manrique (*Barranquilla*, 1949) es espeluznante. No se me ocurre ningún otro calificativo para esta saga en la cual un hijo asesina al padre, advierte el robo de su cadáver, y tiempo después ese cuerpo putrefacto, desaparecido en Barranquilla, reaparece en Bogotá, en medio de cultivadores de marihuana, represión policial y ataques guerrilleros.

El auténtico tema de la obra es el explícito odio de un hijo a su padre, pero el autor, al parecer, lo consideró insuficiente y decidió prolongarlo dentro de una peripecia del todo desatinada, en la cual el protagonista-asesino, Santiago Villalba,

amigo del hijo del presidente de la república, Mario Simán, acaba siendo ministro de información pública y sumiso ventrílocuo de generales y jefes de la policía secreta colombiana, llamada Pax. Curiosamente, el jefe de este peculiar organismo es ahora una mujer, no mayor de veinticinco años, llamada Caridad Bello, que no hace cosa distinta, en apariencia, de inhalar cocaína.

Manrique, contagiado por el caos colombiano, dio rienda suelta a su fantasía y después de las treinta y cinco primeras páginas, ceñidas y punzantes, se lanzó a una cabalgata demencial, pues si bien tiene firme apoyo en los lugares que describe — Barranquilla, Santa Marta, la Sierra Nevada, Bogotá, todos los cuales capta con buen ojo de pintor— en la caracterización de sus figuras cae, de modo demasiado ostensible, en lo grotesco.

No es para menos. Un incompleto resumen de las primeras treinta y cinco páginas sería éste: Santiago Villalba y su mujer, Beatriz Fernández, regresan a Barranquilla, tras varios años de permanencia en el exterior. Santiago odia al padre; lo mata, y luego en pleno carnaval, se disfraza de muchacha de los años veinte, viola a su suegro y comprueba cómo han robado el cadáver de su padre.

Sólo que el suegro, Santiago Fernández, ha mantenido previamente relaciones incestuosas con su hija, la actual mujer de Villalba, a la que ha llevado a ingerir narcóticos y a herirse con cualquier vidrio que halle al paso. Este Fernández, finalmente, será el encargado de entregar a Villalba su herencia, explicándole cuáles son sus "privilegios" y cuáles sus "responsabilidades". Las fincas del padre de Villalba son ahora productivos sembrados de marihuana. El protagonista será nombrado cónsul en la Florida, para iniciar así su ingreso a la clase social que le corresponde. Pero, desafortunadamente, Villalba no cree en ella y hace excesivas preguntas antipáticas.

Así, más o menos, son estas primeras treinta y cinco páginas, iluminadas por una suerte de energía perversa. Se trata de una prosa flexible

y rápida, que se deja leer con agrado, a pesar de su carácter explícitamente revulsivo y provocador. Pero, luego, cuando la acción se traslada a Bogotá, lo que narra adquiere un relumbrón demasiado sensacionalista como para ser convincente.

Si Manrique intenta el esperpento, inflado al máximo, logra el efecto contrario: disolver la realidad de las tensiones en una suerte de *comic* agigantado. Como si su propósito de describir la educación social de un hijo de terratenientes costeros, ahora convertidos en prósperos exportadores de marihuana a Estados Unidos, reclamase unas tintas tan negras que acaban por enturbiar toda la sátira.

El propio autor, en un reportaje (*El Espectador*, magazine dominical, núm. 133, Bogotá, 13 de octubre de 1985, págs. 18-19), dijo que su protagonista, Santiago Villalba, era "un personaje patético", pero el patetismo de este desclasado no sólo termina por debilitar el libro sino que lo torna esquemático. Quizás el hecho de haber vivido demasiados años fuera de Colombia ha llevado a Manrique a creer *todo* lo que dice la prensa.

Publicada en una primera y breve versión con el título de *El cadáver de papá*, escrita entre 1976 y 1982, en el exterior, la novela de Manrique Ardila, su primera novela, no deja de plantear un curioso problema. La realidad, de algún modo, le da la razón. Toda la razón. Así, describiendo el *boom* de la marihuana, la toma de la embajada estadounidense por un grupo guerrillero, en transparente transposición del M-19 y su asalto a la embajada de la República Dominicana, excesos en la represión y rígida conciencia de clase defendiendo, con la tortura o con las armas, sus prerrogativas, Manrique está, de algún modo, recreando tópicos convencionales (y no por convencionales, menos afligentes) de nuestra realidad. Pero la literatura requiere de una mediación estilística y formal que aquí no se logra.

Zarandeando al protagonista entre dilemas de conciencia que parecen más fruto de su ingestión exce-